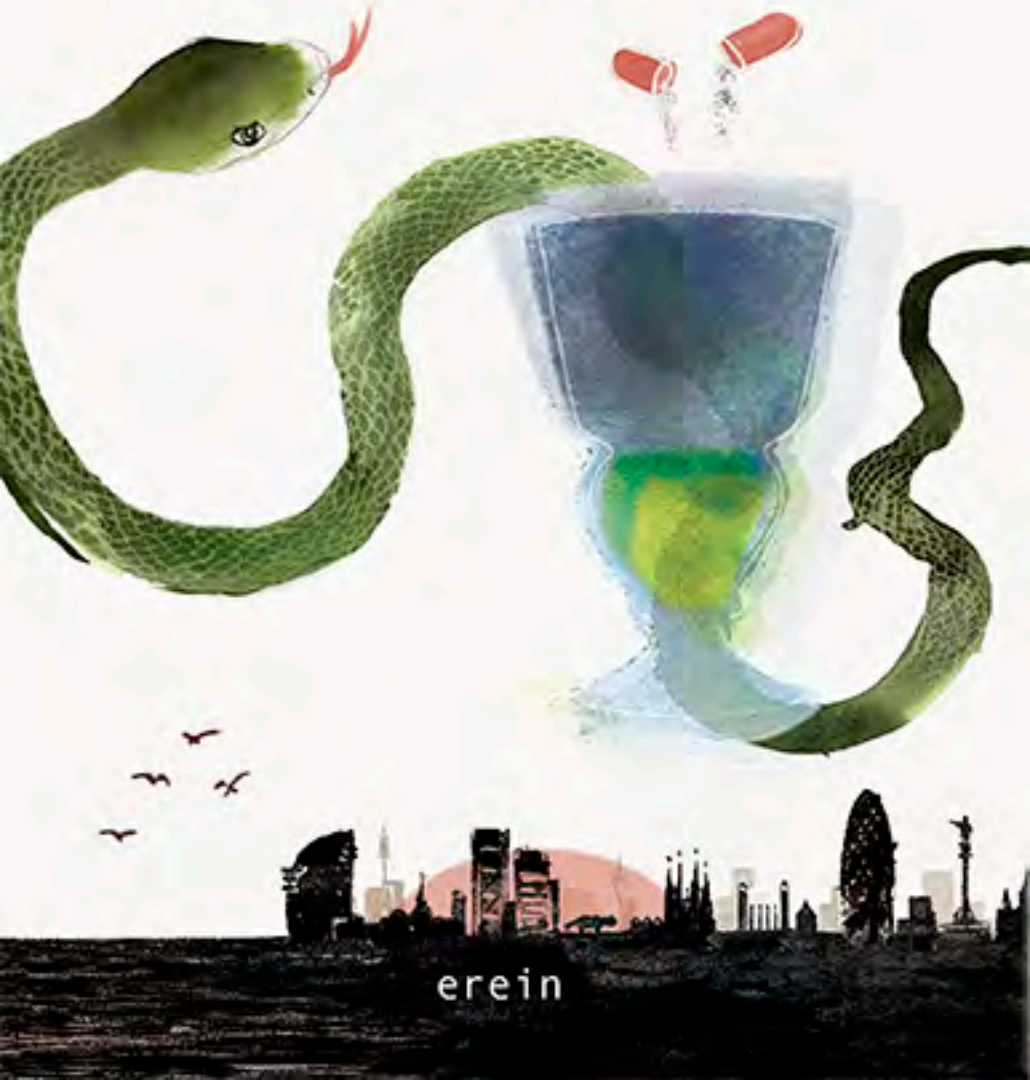
SAGA TOURÉ 11

TOURÉ

Números rojos

JON ARRETXE



erein

TOURÉ

Números rojos

53

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1ª edición: Marzo de 2025

Título original: *Zenbaki gorriak*
Diseño de la colección y portada: Cristina Fernández
Maquetación: Editorial Erein
© de la traducción: Cristina Fernández
© del texto: Jon Arretxe
© de la presente edición: EREIN. Donostia 2025
ISBN: 978-84-1093-022-3
D.L.: D 285-2024

EREIN Argitaletxea
Tolosa Etorbidea 107. 20018 Donostia
T 943 218 300
e-mail: erein@erein.eus
www.erein.eus

Imprime: Gertu inprimategia
Zubillaga industrialdea, 9
20569 Oñati, Gipuzkoa
T 943 783 309
gertugrafika@gmail.com
www.gertu.net

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

SAGA TOURÉ 11

TOURÉ

Números rojos

JON ARRETXE

Traducción de Cristina Fernández

erein

I
ES INÚTIL

«Tampoco es para tanto, he hecho cosas peores». Al menos, es lo que me digo una y otra vez, aunque por mucho que lo repita no termino de creérmelo, y según se acerca el metro a mi parada, más me agobian las dudas. Salgo a la superficie y, mientras me dirijo hacia la plaza de Artós, intento convencerme de que el asunto merece la pena, de que solo serán unos minutos desagradables a cambio de unos billetes que me son absolutamente necesarios… Pero qué va, no puedo hacerlo. Llegando ya a mi destino echo el freno y me quedo parado, como un lerdo, en mitad de la plaza.

A pocos metros veo a unos tipos que charlan apalancados en un banco. Uno de ellos me mira dando un codazo al colega que está junto a él. Son bastante jóvenes, llevan la cabeza rapada y van tatuados hasta el cuello, menuda pinta de neonazis… Al final todos acaban girando la cabeza hacia mí. Intento no cruzar mi mirada con la suya, pero ya es demasiado

tarde; el que me ha visto primero se levanta y viene de avanzadilla, seguido por el resto. Si solo fuera uno, le daría las hostias que se merece, con dos también me atrevería, pero son cuatro, qué mal rollo. Y encima, ¿qué están sacando…? Parece un puño americano, también veo una navaja… ¡Joder, otra vez a correr para salvar el pellejo!

Salgo a toda leche entre la gente que llena las terrazas de los bares, esquivando sillas y mesas, y sin poder evitar algún que otro empujón. Oigo gritar a mi espalda: «¡Puto negro, maricón!» «¡Vas a volver a África en un ataúd!». La calle está muy concurrida, pero nadie hace nada por ayudarme, ni un amago, ¿será por miedo? No lo creo, esto no va con ellos, no les importa lo que me suceda. Cruzo una carretera, bordeo unas pistas de pádel, vuelvo la vista sin dejar de correr, el que encabeza el grupo es más rápido que yo y está acortando distancias peligrosamente, me va a pillar, casi siento su aliento en el cogote… Al menos no va armado y es un birria, no pesará ni setenta kilos, tengo que hacer algo antes de que me alcance, es cuestión de decidirse… ¡Ahora! Me paro y giro de repente, ya lo tengo encima, no le da tiempo a reaccionar y le calzo un gancho por sorpresa que lo deja K.O. en el suelo. Uno que no va a darme más problemas, ¡pero ahí llega el del puño americano! Lanza un golpe que acierta de refilón en mi hombro izquierdo, me defiendo: rodillazo en las costillas, patada en una pierna, puñetazo en la sien… También lo derribo, pero el muy cabrón aún tiene fuerzas para levantarse. Mientras tanto, en las pistas de pádel

algunos detienen el juego y nos miran boquiabiertos; otros, ni eso. Estoy asfixiado, pero ya llega el tercero, el hijoputa de la navaja, y tengo que salir otra vez por patas. Le oigo llamarme «cucaracha» y, casi al instante, siento el ardor de un corte en el culo. Menos mal que no me ha dado de lleno y puedo seguir corriendo. Miro hacia atrás, los perros de presa se han detenido. «¡Jódete, lunar!», me dicen, «¡La próxima vez te cortamos la polla!». Ladran rabiosos, dedicándome gestos obscenos, pero parece que se dan por satisfechos.

Creo que me he librado. Así y todo, no termino de fiarme y, aunque se me sale el corazón por la boca, no paro hasta llegar a la estación de Sarrià. Allí me aseguro de que ya no me persigue nadie, y me detengo boqueando como un pez fuera del agua. Mientras recupero el resuello, me llevo la mano a la culera del pantalón, palpo el tejido rasgado y siento una humedad tibia. Me miro los dedos, están pringados de rojo.

* * *

La mancha de sangre apenas destaca en mi ropa oscura; además, la herida no es profunda y ha dejado de supurar después del baño que acabo de darme en la playa de La Barceloneta, donde había una turba de guiris borrachos mirándome mientras entraba al agua en calzoncillos. Después he venido hasta el centro caminando. Nada de colarme

en el metro, como otras veces, que por hoy ya he tentado bastante a la suerte. Cualquier día me van a pillar, y como termine en manos de la pasma… Negro, sin papeles, y con mi historial de fechorías… Ahí sí que empezarían los problemas de verdad, y eso que la mayoría de los crímenes en los que me he visto envuelto durante los últimos años han quedado en el limbo y he podido irme de rositas. Pero si algún día sale a la luz todo lo sucedido en las Canarias, en París, en Navarra, en Madrid y, sobre todo, en Bilbao, sería terrible, no solo para mí, también comprometería a mis colegas Osmán y Xihab. Ellos, al igual que yo, tuvieron que salir escopeteados de Bilbao para no aparecer en el radar de la policía. Y Cristina, mi querida Sa Kené, todavía está en prisión por tráfico de drogas, comiéndose el marrón en silencio para salvarnos el culo a los demás.

Turistas y más turistas. Han colonizado todos los rincones de La Barceloneta, la zona portuaria, el paseo de Colón y, sobre todo esta parte, Las Ramblas. Entre ellos, también veo negros, pero nada que ver conmigo, esos tienen pinta de manejar pasta, deben de ser americanos, ingleses, franceses, o yo qué sé de dónde. En lo que a mí respecta, burkinés de Gorom-Gorom, soy uno de tantos africanos que pululan por las calles buscándose la vida, como esos que esperan con sus carros ahí mismo, a la entrada del McDonalds, que está siendo reformado, atentos a un gesto del encargado que les dé vía libre para empezar a rebuscar trozos de metal entre los cascotes de la obra.

Dejo atrás el Liceo y salgo de Las Ramblas por la calle Hospital, adentrándome en el barrio donde sobrevivo desde que llegué de Las Palmas. Todas las grandes ciudades tienen un grano en el culo, y en Barcelona ese grano es El Raval, un barrio que aglutina la mayor concentración de desalojados, indigentes, migrantes sin recursos y, en general, marginados sociales de la ciudad. Este es mi hábitat natural, igual que antes lo fueron San Francisco en Bilbao, Barbès en París o Lavapiés en Madrid.

Nunca sabré si elegí la mejor opción a la hora de dejar las islas Canarias. Pude haber aprovechado para regresar a África desde allí, a Burkina, con mi familia, pero ni siquiera logré contactar con ellos. Supongo que se aburrieron de mí y de mis vanas promesas hace tiempo; supongo que perdieron la fe en aquel hombre que un día salió de casa en busca de un futuro mejor para todos, aquel hombre que ya no existe. No puedo echárselo en cara, todos los planes que alimentaban su esperanza se han ido desbaratando por el camino. Después de tantos años, sospecho que allí ya nadie cuenta conmigo, y volver de repente, con las manos vacías, supondría enfrentarme a un fracaso difícil de digerir. Solo cabía huir hacia adelante, por eso decidí probar suerte en Barcelona, por eso me subí a aquel barco.

Voy caminando por una acera estrecha y me veo obligado a salir al centro de la calle para ceder el paso a otro africano que viene de frente empujando un carro de supermercado, del que sobresalen unas barras metálicas. Al

cruzarme con él, veo que lleva otros muchos trastos: un fregadero mugriento, un horno destartalado… Me aparto otra vez, ahora se acerca un latino haciendo equilibrios por mitad de la calzada con un somier enorme que trae apoyado en otro de esos carros. Los ciclistas repartidores lo esquivan como pueden, pero los coches se desesperan y no paran de darle al claxon buscando un hueco por dónde adelantarlo.

Girando hacia la izquierda, llego a la calle Robador, mucho más estrecha por esta entrada que por la otra. Aquí el pestazo a orines abofetea nada más entrar y hay porquería esparcida por todas partes: bolsas de basura rasgadas derramando su contenido, trapos mugrientos que alguna vez fueron ropa, papeles, cristales, envases de plástico… Las prostitutas se hacen sitio un poco más allá, donde no hay tanta mierda, acomodadas como pueden en uno u otro rincón. La mayoría languidecen durante horas sentadas en sillas de playa o sobre cualquier cosa que pueda hacer las veces de asiento: una caja de botellines vacía, una lata de pintura o unos cuantos cartones amontonados directamente sobre el suelo. Como es lógico, ninguna de ellas me presta atención, todas siguen esperando que aparezca algún hombre con aspecto de llevar dinero. Quien sí se fija en mí es el dueño del Danubio, un garito perfectamente integrado en el desolador paisaje que lo rodea. El tipo se huele la tostada apenas entro por la puerta.

—¿A qué viene esa cara, Touré? Espera…

Pues no, no espero. Lo engancho por la pechera atrayéndolo hacia mí por encima de la barra y le pego un cabezazo en toda la jeta antes de lanzarlo contra la pared de atrás. Tampoco me quedo a escuchar el rosario de maldiciones ni las amenazas que empiezan a salir por su bocaza ensangrentada. Simplemente doy media vuelta y salgo del puto bar apretando los dientes.

—¿Por qué le has pegado a Petko? –me pregunta fuera Montse, una de las pocas prostitutas nacionales de Robador.

—Él ya lo sabe.

Me largo, no debo explicaciones a nadie.

—¡Menudo genio! –me suelta un calvorota que está apoyado en la pared junto al portal de al lado–. Necesitas relajarte, ¿no te apetece una mamada rápida?

Sigo hacia delante, ignorando la oferta del chapero. Dejo atrás una de las muchas mezquitas del barrio, paso junto a la Filmoteca, un edificio discordante en este escenario tan miserable, y me encuentro frente al moderno hotel Barceló, todavía más fuera de lugar. Es una especie de cilindro envuelto en una red metálica y coronado por no sé cuántas estrellas. Una nave espacial aterrizando en medio del mercado de Gorom-Gorom daría menos el cante. Dicen que con este tipo de construcciones intentaron renovar el barrio del Raval hace ya unos cuantos años, pero salta a la vista que aquellos planes fueron un completo fracaso.

Cruzo la carretera y llego a la Rambla del Raval. Unos *mossos* intentan poner paz entre dos grupos de magrebís que

están armando bulla. Los evito caminando entre los bancos del paseo, la mayoría ocupados por inmigrantes, muchos de ellos con pintas de no tener otro lugar donde caerse muertos.

Voy derecho a los urinarios públicos que hay frente a un gato de metal enorme que debe de ser una obra de arte. Entro, vacío la vejiga y, al salir, me topo con un abuelo meando contra la puerta, totalmente ajeno a la bronca que le está echando un *sikh* de barba blanca. Esquivo las salpicaduras del viejo, y voy a sentarme en un banco que veo libre. Me quedo mirando al minino, que tendrá un par de metros de altura y unos siete u ocho de largo. Sus bigotes son tan gordos como los dedos de mis manos, tiene un cascabel colgado del cuello y dos huevazos bien redondos. ¿O son tetas? Precisamente es lo que están discutiendo dos latinos en su absurda conversación de borrachos.

Durante el día, muchos turistas vienen por aquí para hacerse una foto junto al gato gigante, pero a estas horas ya no queda ninguno, estarán deleitándose con una buena cena en algún restaurante caro, o descansando en sus hoteles de mogollón de estrellas. Ya casi ni recuerdo la época en la que yo también podía permitirme ese tren de vida, aquella buena racha que comenzó en París y pude prolongar un poco en Madrid, aquel tiempo en el que tenía los bolsillos a rebosar. Después comencé a caer de nuevo, y aquí estoy, en el fondo del abismo otra vez. Ahora sería una suerte encontrar un colchón tirado en la basura, no tengo ni para ir a una de esas lonjas apestosas donde se alquilan camas por horas.

Oigo el rumor de una conversación en árabe mientras cierro los ojos con la esperanza de poder dormir un poco, aunque me parece que no va a ser tan fácil; todavía tengo mojados los calzoncillos y la herida del culo me está empezando a doler más que antes. Ya solo falta que empiece a llover mierda para que el plan sea perfecto.

* * *

De nuevo en La Barceloneta. Estoy frente al número cinco de la calle de la Sal, alerta, esperando una oportunidad que no termina de llegar. Parece que esto puede ir para largo, menos mal que al menos he podido llenar la tripa antes de venir. Las Hermanas de la Caridad me han dado de comer y, de paso, también me han curado la herida del culo. Me han dicho que el tajo no es muy profundo, pero que seguramente dolerá unos cuantos días.

La verdad, no esperaba encontrar neonazis en Barcelona, pero se ve que la extrema derecha se está expandiendo y los ultras cada vez están más gallitos, actúan como si fueran los dueños de la calle. No son buenos tiempos para los inmigrantes pobres, vamos a tener que dormir con un ojo abierto, y me temo que lo peor está por llegar.

Veremos qué pasa, pero de cualquier modo, yo bastante tengo con el día a día. Por suerte, en esta ciudad tan grande hay varios sitios donde ayudan a la gente necesitada y se puede comer gratis, así que, al menos, no moriré de hambre.

Aun y todo, si tuviera algo de dinero, podría dormir bajo techo, comprarme algo de ropa…

Me hace falta pasta y, mira por dónde, esa pareja de guiris emperifollados que se acerca tiene pinta de ir sobrada. Hago una rápida evaluación: son dos vejestorios, y justo ahora no pasa nadie más por aquí; esta es la ocasión. Voy directo a la señora y, sin perder tiempo, ¡zas!, le pego el tirón. Parecía pan comido, pero… ¡sorpresa! Aunque casi le desencajo el hombro, la tipa se aferra a su bolso como si le fuera la vida en ello. Encima se pone a berrear, igual que el hombre, que además empieza a darme manotazos. No tengo más remedio que arrearle un sopapo, suficiente para apartarlo de mí, pero ahora es la vieja quien intenta arañarme la cara. Pues nada, otra galleta para ella. Joder, menudo follón que estamos montando, algunos vecinos se asoman a la ventana a ver qué ocurre, uno de ellos grita «¡al ladrón!», y la gente que pasa por la otra punta de la calle gira la cabeza hacia nosotros. Con el forcejeo, la señora se cae de culo encima del puto bolso, así que me olvido de él y centro mi atención en su collar de perlas. Tiene un cierre dorado y una figurita colgando que parece un unicornio, los dos de oro, supongo. Agarro la sarta de perlas y tiro con fuerza. Al igual que su dueña, el collar es más duro de lo que esperaba, casi la estrangulo, hasta que, por fin, logro arrancárselo; eso sí, con tan mala suerte que se rompe y casi todas las bolas acaban saltando y rodando por el suelo, solo quedan dos en mi mano. Consigo recoger otras tres a toda prisa, ¡mierda!,

no veo el cierre ni la figurita, oigo gritar a otro tipo desde un balcón, y a la gente insultándome desde el fondo de la calle. No hay tiempo para más, me guardo el botín en un bolsillo y echo a correr alejándome de la pareja y de los curiosos que van llegando. ¡Joder, cómo me duele el culo todavía!

* * *

—Te repito que yo no sabía nada de neonazis en la plaza de Artós ni alrededores. De otro modo, no te habría mandado allí.

Los altavoces del equipo de música vibran con la poderosa voz de un bajo cantando un aria en francés, «*…pour plaisir ils ont leur combats…*», Petko baja el volumen y sigue hablando, intentando convencerme:

—Hace tiempo sí que se juntaban por ahí los ultras del Espanyol, y ahora muchas manifas de fachas también salen de esa plaza, pero te aseguro que el encuentro de ayer fue una desgraciada casualidad.

Esos ojillos negros que me miran fijamente por encima del parche de la nariz no me inspiran ninguna confianza.

—¿Y se puede saber quién hizo el encarguito? –pregunto.

—Yo qué sé…, un tipo que llamó por teléfono, no reconocí la voz.

—¿Y qué pidió exactamente?

—Un negro con buena planta y, a ser posible, ilegal.

—¿Y eso? ¿Por qué ilegal?

—Ni idea, tío, no se me ocurrió preguntarle. De momento no he podido contactar con él, pero en cuanto lo haga pienso pedirle explicaciones, y como me entere que ha actuado de mala fe…, te juro que se va a arrepentir.

No me fío nada de este individuo llegado de no sé qué rincón perdido de la Bulgaria profunda, pero en mi situación actual tampoco me conviene mandarle al carajo. Petko es conseguidor profesional, conseguidor de trabajillos, por ejemplo, y aunque no sea mucho, la mayor parte de la tela que he ganado últimamente ha sido gracias a él. Lo malo es que esta semana está siendo especialmente desastrosa, primero me rajan y luego me monto un atraco de mierda. Lo único que se me ocurre ahora es intentar sacar lo que pueda de lo poco que me he llevado. Por eso estoy otra vez en este antro de la calle Robador; si no es aquí, no tengo ni idea de dónde colocar las perlas. En cuanto a la bronca que tuve con el búlgaro… Bueno, por mi parte, considero que estamos en paz: una nariz rota a cambio de un navajazo en el culo.

—¿Qué me das por esto? –pregunto, poniendo los restos del collar encima de la barra.

—¿Por estas bolas? ¡Si solo sirven para jugar al futbolín!

—¡No jodas! ¿No son valiosas?

—¿Valiosas? –Empieza a reírse como una hiena–. Esto solo es quincalla, como la que se puede encontrar en cualquier puesto de baratijas de Las Ramblas.

—Entonces, ¿nada? ¿No puedes ofrecerme nada a cambio?

Se queda pensativo, con gesto serio.

—Sí, te ofrezco no cortarte los huevos ni denunciarte por agresión. ¿Te parece suficiente? –Se dirige a mí en plan perdonavidas, aunque sé de sobra que él tiene más interés que nadie en mantenerse alejado de la pasma, jamás iría a poner una denuncia. De lo que ya no estoy tan seguro es de la integridad de mis pelotas.

Sostengo la mirada del búlgaro hasta que un breve bocinazo interrumpe el duelo. Vuelvo la cabeza hacia la calle, frente a la puerta hay un coche blanco de alta gama con los cristales tintados. «Espera aquí», me dice Petko, saliendo de la barra. Llega hasta el vehículo y entra en él, con actitud sumisa, en cuanto se abre la puerta trasera. No alcanzo a ver quién está dentro.

Me quedo solo mientras sigue sonando un aria de ópera con no sé qué historia de un toreador. No pasa mucho tiempo hasta que se baja la ventanilla del cochazo. Ahora sí, veo al búlgaro junto a un hombre blanco de barba recortada. Los dos me clavan fijamente los ojos, solo un instante, y luego vuelve a subirse el cristal. ¿Qué hostias miraban? La puerta se abre, sale Petko, se despide en un idioma que no conozco, el coche arranca y desaparece.

El búlgaro vuelve con una actitud más amable, parece que se le ha pasado el enfado de repente.

—¿Qué estábamos diciendo…? Ah, sí, me preguntabas si podría darte algo por esas piezas de bisutería barata –es

increíble, ahora hasta me sonríe–. Pues mira, lo he pensado mejor, y teniendo en cuenta este último malentendido tan desagradable… –Saca unas llaves que tenía guardadas debajo de la barra y me las pone delante–. Te ofrezco una noche gratis en mi humilde hostal, así podrás descansar y quitarte el mal sabor de boca.

El «humilde hostal» es, en realidad, un meublé de la calle Robador donde Petko alquila a las putas habitaciones por horas, detalle que me importa menos que nada, teniendo en cuenta que, además de la cama, dispondría de ducha y váter, y que es eso o volver a cualquier banco de la Rambla del Raval. ¿De verdad va a dejarme una habitación por el morro?

—No, una noche no, mejor que sean dos –añade para mi sorpresa–. ¿Qué te parece?

Pues raro, me parece muy raro. De todos modos, agarro las llaves, doy las gracias y me piro antes de que se arrepienta.

—¡Touré! –me llama mientras voy hacia la calle.

—¿Qué? –Me giro.

—¿Seguro que no quieres meterte a chapero? Aunque solo sea una temporada. Te advierto que cada vez hay más demanda de hombres negros, estáis bien cotizados, ¿sabes? Podrías sacar mucha pasta, de sobra para vivir cómodamente.

—Olvídalo.

Si alguna vez tuve alguna duda, después de lo que me pasó ayer, ni de coña. Ese oficio no entra en el «todo por la

pasta» que ha sido mi lema durante años. De ahora en adelante será: «*casi todo* por la pasta».

—Como quieras. Pero… ¿Esa es tu única línea roja?

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo sabes. –Me clava su mirada–. ¿Harías cualquier otra cosa por dinero?

Pues teniendo en cuenta mi currículum, con la interminable lista de trabajos de lo más variopinto y todas las barbaridades que he hecho por desesperación o bajo chantaje policial…

—Haría casi cualquier cosa. Si surge algo interesante, tú dímelo y lo hablamos.

—Vale, lo tengo en cuenta.

Petko sube el volumen de la música. Ahora solista y coro cantan a pleno pulmón *«L'amour t'attend!!!»*. La ópera no pega mucho en un antro como el Danubio, pero es lo que se suele oír habitualmente por aquí. No termino de pillar el punto a las excentricidades del búlgaro.

* * *

Ya ni recordaba cuándo fue la última vez que pude darme una ducha caliente. Y lo de disponer de una cama, sentir la caricia de unas sábanas limpias… ¡Qué privilegio! Estos pequeños placeres cotidianos que pasan desapercibidos en la rutina de la gente acomodada, son como un sueño maravilloso para un sintecho como yo.

Además, esta misma tarde también me han dado una sudadera y un pantalón de chándal en el local del Grupo Nueva Vida, en Robador. Ahora tengo la moral un poco más alta, gracias a mi ropa «nueva» de segunda mano, mucho más digna que mis andrajos de antes. Casi me siento otra persona, ya no lo veo todo tan negativo. La pena es que si no consigo corregir mi rumbo, estas comodidades se acabarán en un par de días y entonces volveré a estar en la misma situación chunga de siempre. Tengo que espabilarme, necesito dinero y por ahora solo se me ocurren dos maneras de conseguirlo: la sensata y la realista. La primera consiste en encontrar un curro mínimamente estable, y la segunda en dar un buen palo. Sea cual sea mi decisión, debo encontrar el modo de llevarla a cabo lo antes posible, porque el tiempo pasa rápido, y no es que tenga mucho.

En estos momentos de indecisión, cuando tengo que sopesar varias opciones, siempre pienso mejor en movimiento. Subo a cualquier transporte público y me dejo llevar esperando que el azar del viaje me traiga inspiración; o si no, doy una buena caminata hasta ordenar las ideas. Está claro lo que toca hoy, mi economía actual no alcanza ni para un billete de metro.

El mercado de La Boquería está abarrotado: compradores, curiosos, guiris haciendo fotos… Aprovecho el barullo para mangar una bonita manzana roja que me zampo fuera, mientras me entretengo mirando el escaparate del Museo Erótico de Las Ramblas. A la entrada hay un par de tíos

repartiendo publicidad, alargan un folleto a cualquiera que pasa, a todo pichi-pata menos a mí, y eso que me tienen a dos palmos. Soy invisible para ellos.

Dejo la calle más saturada de Barcelona para meterme en el barrio Gótico. Aquí no hay tantos guiris, pero también está muy concurrido, sobre todo en las proximidades de la catedral. En general, la ciudad está plagada de turistas, lo cual a mí no me incomoda; de hecho, lo prefiero, porque así tengo más posibilidades de conseguir pasta. De todas formas, miro alrededor y no dejo de preguntarme dónde se habrán metido los auténticos habitantes de la ciudad, los barceloneses.

Mis pensamientos se interrumpen con una canción que arranca a todo volumen: «Entre flores, fandanguillos y alegrías…». ¿Qué leches?… El jaleo viene de la Via Laietana. Me asomo a ver qué pasa y veo un mogollón de gente al fondo. Así, de entrada, parece el encabezamiento de un desfile, aunque en realidad se trata de una manifestación, un tanto peculiar, eso sí. Vienen ondeando un montón de banderas españolas mientras la música lo llena todo. «La gente aclama con fervooor, ¡que viiiivaaa Españaaaa!…». En primera línea, una mujer vestida de flamenca avanza bailando mientras toca las castañuelas. Va seguida de un coche que lleva un altavoz en el techo: «¡Que viiiivaaa Españaaaa!…». Y detrás, miles de personas en ambiente festivo, ellos también cantando: «¡Que viiiivaaa Españaaaaa!». Joder, y yo pensando que los catalanes eran independentistas. ¿Pero qué es esto?…

Unos jóvenes muy sonrientes llaman mi atención. Van repartiendo banderitas entre los peatones que se detienen curiosos a mirar desde la acera, muchos de ellos extranjeros. ¡Hostias!… ¿Pero no es uno de esos chavales el hijoputa que me rajó en Sarrià? También reconozco al cabeza rapada pequeñajo que lo acompaña. No quiero que me vean, voy hacia la tienda más cercana, una frutería *bangla*, y empiezo a disimular, como si estuviera interesado en unas manzanas que hay a la entrada. Mientras tanto, los veo pasar. Ahí van esos dos elementos. Podría seguirles discretamente hasta que se aparten un poco del grupo, y entonces agarrarlos del pescuezo por sorpresa y… Pero no; sería una locura intentar nada con toda esta gente alrededor, habrá que esperar a otra ocasión. Ya tendré tiempo de vengarme.

—Esas son caras. –El frutero me saca de mis cavilaciones–. Las de un euro las tienes ahí dentro.

Dejo las manzanas en su sitio, salgo de la Via Laietana y vuelvo al Gótico, buscando refugio entre sus callejuelas.

* * *

El Chiringuito de Dios es un comedor social que hay detrás de la Filmoteca, al cual vengo cuando no tengo nada con qué llenar la tripa, lo que viene a ser casi todos los días. Hoy también me pongo a la cola con el resto de los hambrientos, la mayoría conocidos, aunque solo sea de vista. A medida que avanzamos, ya cerca de la puerta, empieza a oírse la habitual

melodía, lenta y suave, muy relajante. Parece música hindú, y no la típica de las iglesias, como podría esperarse de una asociación que menciona a Dios ya en su propio nombre.

Están repartiendo bocatas. Espero mi turno detrás de una mujer de pelo blanquísimo que va en silla de ruedas. No es la primera vez que me la encuentro, hoy ha llegado al mismo tiempo que yo, pero ni me ha mirado a la cara cuando le he cedido el paso. Solemos coincidir en esta cola, y también la veo a menudo por la Rambla del Raval; debe de pasar las noches por ahí cerca. No sabría precisar su edad, es difícil hacer una aproximación, como sucede con la mayoría de los sintecho, aunque apostaría que es mayor que yo, pasará de largo los cincuenta tacos. Y no tiene aspecto foráneo, pero tampoco se relaciona con la gente. Cuando la veo ahí, acurrucada en su silla, con esa mantita fina sobre las rodillas, tan sola, tan frágil…, siento lástima. Al final, por muy jodido que uno crea estar, siempre habrá alguien todavía peor. Pero qué cojones, que cada cual cargue con lo suyo.

—Hoy tenemos tortilla de patata, Carme –le dice Pep, tan alegre como siempre. Ella coge el bocadillo y se marcha sin abrir la boca.

—Toma, Touré –oigo cuando llega mi turno–. Recuerda que sigues invitado a conocer mejor nuestra asociación.

—Tal vez otro día, gracias.

Como se puede deducir de su propio nombre, el motor del Chiringuito de Dios es la fe. Me han contado que

algunos de los voluntarios que trabajan aquí han salido de la calle; eran indigentes que, gracias a la asociación, han conseguido mejorar su calidad de vida, y ahora pueden dormir bajo un techo, usar las duchas del local… Lo que no sé es a qué precio, quizás sea suficiente con hacer algún trabajo, ¿o también habrá que dejarse evangelizar? ¡Bah!, ya me las arreglaré para prosperar de otro modo.

Carme ha guardado el bocata en una bolsa y ahora se aleja hacia la Rambla del Raval, dejando escapar algún gemido entrecortado debido al esfuerzo de propulsar su silla impulsando las ruedas con las manos. Yo me dirijo al hostal de Petko, quiero disfrutar de la habitación mientras pueda, cenar cómodamente sentado en una silla, pasar una noche entera confortablemente, tumbado sobre una cama de verdad…

De camino, al llegar a la calle del Robador, oigo la música que sale de la sala de conciertos que hay en el número 23. Durante el día siempre tiene la persiana bajada, pero por la noche abren con *jazz* en directo o espectáculos de flamenco como el de ahora. Generalmente suele llenarse, incluso con turistas que vienen aquí atraídos, seguramente, por la publicidad y las buenas reseñas de internet. Luego hay que ver la cara de acojone que se les pone a muchos cuando llegan y se topan de repente con el lumpen de alrededor.

—Petko quiere hablar contigo –me dice una voz abatida cuando estoy a punto de meter la llave en la cerradura del portal. Es Montse, la veterana prostituta de Robador. Qué fastidio, precisamente ahora tenía que venir esta con un

mensajito del búlgaro. Debería ir a ver qué quiere, pero… El calorcito del bocata que me llega a través del envoltorio, despeja cualquier duda acerca de mis prioridades.

—Gracias por avisar –respondo, abriendo la puerta para entrar–, lo tendré en cuenta.

—Touré. –Aún no me deja ir–. ¿Quieres que te haga un servicio? Como hoy puedes poner tú la cama, te saldría más barato.

Ya tiene que estar desesperada para venirme con proposiciones precisamente a mí, sabiendo que no tengo ni para comer. Es asombrosa la capacidad de aguante que tienen estas mujeres; horas y horas en la calle, esperando a un cliente al que ofrecer su cuerpo por una miseria. Me acuerdo de las prostitutas de San Francisco, en Bilbao, sobre todo de la vieja Isabel, la pobre… Estaba ayudándome en una investigación cuando se la cargaron aquellos cabrones. Creo que Montse, aunque sea más joven, se le parece bastante; a pesar de la decadencia que la rodea, ella se mantiene a flote bien estilosa, envuelta en un halo de dignidad.

—Muchas gracias, compañera, pero ahora ando pelado. Quizás otro día.

La mujer se encoge de hombros y da media vuelta.

—Oye, Montse. –Ahora soy yo quien la retiene.

—¿Qué?

—Has visto el cochazo blanco que ha parado esta mañana frente al Danubio, ¿verdad?

—No.

—¡Cómo que no! ¡Pero si estabas ahí mismo!

—Pareces nuevo, Touré –sentencia, dándome otra vez la espalda.

—¿Pues?

—A veces es mejor ser sordo y ciego, sobre todo en sitios como El Raval. ¿Todavía no te has enterado? –Emprende la marcha y se despide levantando una mano sin mirar hacia atrás–. Que tengas dulces sueños. –Es lo último que me dice antes de ir a reunirse con sus colegas de profesión.

Subo a mi habitación, en el segundo piso, pensando que Montse tiene razón. ¿Qué más da quién estuviera en ese misterioso coche? Puestos a imaginar, supongo que serían los que mandan por encima de Petko, pero a mí eso ni me va ni me viene, así que mejor olvidarlo.

Al entrar en mi cuarto pienso que cualquiera de los turistas que vienen a Barcelona lo tacharían de cuchitril, pero para mí es como una *suite* de lujo. Me descalzo las deportivas y las echo a un lado mientras saco el móvil del bolsillo. A pesar de no haber saldo en la tarjeta desde hace tiempo, todavía puedo recibir llamadas, aunque nadie lo diría, porque casi nunca suena. Parece que todo el mundo se ha olvidado de mí. Aun así, le quito el volumen, no quiero que nada interrumpa este momento de placer.

Retiro el papel plateado del bocata y le pego el primer mordisco, asomado a la ventana. Veo a Montse sentada en un bote grande de pintura, con un cigarrillo entre los dedos mientras observa el patético espectáculo de un vagabundo

borracho convencido de estar bailando flamenco al ritmo de la música que sale del número 23.

* * *

Ya era casi mediodía cuando me he levantado de la cama. No tenía ninguna prisa y necesitaba dar un largo descanso a mi maltrecho cuerpo, aunque fuera a costa de quedarme sin desayunar gratis en algún comedor social. Lo primero que he hecho ha sido mirar el teléfono. Joder, un montón de llamadas perdidas, todas de Petko. Al final hasta me ha enviado un mensaje:

Tengo algo para ti, ven al Danubio cuanto antes.

Cuanto antes, después de darme una ducha calentita. Luego, a falta de otra disculpa que retrasara la cita, no he tenido más remedio que venir a la madriguera del búlgaro.

—Tienes mejor cara que ayer –me dice Montse desde una de las pocas mesas que hay fuera, junto a la entrada.

—Será porque se duerme mejor en una cama que en un banco de la calle –le respondo, mirando con ojitos la taza de café que tiene entre las manos. Ella parece darse cuenta.

—¡Petko! –grita.

—¿Qué pasa? –Con el volumen de la música, apenas se oye la voz que viene desde el fondo del bar. Como siempre, es ópera, yo diría que el mismo intérprete de la última vez.

ÍNDICE

I.	Es inútil	7
II.	Rebelarse	45
III.	El destino	81
IV.	Nunca estará	129
V.	De tu lado	153
VI.	El número veinticinco	165